

Acerca de la imposibilidad de una teoría de la lectura

Juan Bautista Ritvo

Universidad Nacional de Rosario

Después de tanto tiempo me siento un ventríloco de mí mismo. Siempre he sostenido que no hay una teoría posible de la lectura así como no hay una teoría del fin del análisis –en el sentido psicoanalítico de la expresión– ni tampoco algún procedimiento codificado para producir una obra literaria.

La teoría de la lectura –para atenerme al objeto específico– está literalmente condenada a perder pie cada vez que se la intenta formular por una sencilla y contundente noción: leer es penetrar en un sentido polifónico, necesariamente equívoco en el cual los sentidos se atraviesan: como en filosofía –algo claramente advertido por Heidegger–, el sentido y el sin sentido se alimentan recíprocamente; es más, son indiscernibles.

Por lo demás, si hubiera una teoría de la lectura –un método, conceptos unívocos, formas de resolución por la verdad o la falsedad de alguna lectura en particular– entonces no habría lectura: se trataría de aplicar mecánicamente un dispositivo.

Cada lectura forma parte de un campo de fuerzas en disputa. Nietzsche es un buen ejemplo de lo que afirmo. ¿Cuántas lecturas provocó y sigue todavía provocando?

Sin embargo, la verdad de sus textos queda oculta cuando se lo quiere reducir a sistema, entre otras razones porque la verdad de un texto solo puede afirmarse cuando ese texto encierra una fuerza, un poder, una soberanía que se ejerce sobre otros que se disputan el mismo campo de operaciones.

Por el contrario, si nos atenemos a sus cualidades formales, siempre atravesadas tanto por el exceso como por la hipérbole, siempre trabajadas desde adentro por las más disruptivas elipsis, vuelta a vuelta su obra adquiere la virtud que suele adquirir la parábola.

Cuando se pronuncia la parábola en la parroquia a la cual pertenece –es esta una condición absolutamente esencial– súbitamente surge el silencio, la aprobación, el asentimiento que, una vez pasado el efecto que me atrevo

a llamar sagrado, enciende la polémica acerca del sentido. No obstante, la parábola acaba de cumplir su función eminente: deja su huella imborrable; y es a partir de ella que se repite una verdad que como toda verdad es una verdad a medias.

Es que una lectura en cuanto tal es lectura de lo no escrito pero que le pertenece por derecho propio a lo escrito mismo. ¿Cómo singularizar lo no escrito sino escribiéndolo?

¿Cómo no hacerlo sin entrar en la cadena ininterrumpida de la escritura?

¿Cómo no pensar que las preguntas metodológicas acerca de la verdad no son sino formas apenas encubiertas de defenderse de la misma verdad?

A veces se ha invocado la semejanza como criterio; no obstante, el alcance de esta expresión en la obra de, por ejemplo, Benjamin –y no se trata de un ejemplo cualquiera– es el momento de una iluminación fugaz que transporta la verdad como una transposición del nombre y que obliga, de manera incesante, a hacerse cargo de los alcances siempre diversos de tal iluminación.

La salud, la propia salud –se lo ha afirmado muchas veces y yo estoy de acuerdo con ello– ¿no está ligada a la legibilidad del libro y la legibilidad del libro no nos remite a la posibilidad de la legibilidad del mundo?